JUANA

LA MUJER DE INFLUENCIA QUE SOSTUVO EL MINISTERIO DE JESÚS

El Tzedeká
Editorial con Propósito

LAS GRANDES MUJERES DE LA BIBLIA

CONTENTS

INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1: “Entre el Palacio y el Camino Polvoriento”
CAPÍTULO 2: “En las Sombras del Reino, Pero en el Corazón del Maestro”
CAPÍTULO 3: “Un Legado que No Se Apaga”
CONCLUSIÓN
DESPEDIDA
INTRODUCCIÓN A LA SERIE
TÍTULOS DE LA SERIE

EL TZEDEKÁ

EDITORIAL CON PROPÓSITO

Más que Libros, Conocimiento en Acción

JUANA
LA MUJER DE INFLUENCIA QUE SOSTUVO EL MINISTERIO DE JESÚS

EL TZEDEKÁ

EDITORIAL CON PROPÓSITO

JUANA

LA MUJER DE INFLUENCIA QUE SOSTUVO EL MINISTERIO DE JESÚS

AUTOR COMPILADOR: EQUIPO **EL TZEDEKÁ** EDITORIAL
DISEÑO Y ESTILO: MARCO A. SANTIVÁÑEZ

DIRECTOR: EDWIN VÁSQUEZ:
(EGCE): Especialista en Gestión de Conocimiento Específico

MARKETING Y PUBLICIDAD: MARINA PRIETO

EDITADO POR **EL TZEDEKÁ** EDITORIAL

PUBLICADO EN 2025

Prohibida La Reproducción Total o Parcial De Este Libro, Por Cualquier Medio, Sin Permiso Escrito De La Editorial.

DEDICATORIA

A **Dios**, fuente inagotable de sabiduría y fortaleza, por guiar mis pasos incluso en los caminos más inciertos. En cada logro y en cada caída, siempre has sido mi luz y mi refugio. Gracias porque siempre me escuchas.

A mi **madre**, ejemplo de amor inquebrantable y sacrificio, cuyo abrazo ha sido mi hogar y cuyas palabras han sido mi aliento en los momentos de duda. Todo lo que soy, en gran parte, te lo debo a ti. Gracias a Dios por tu vida y por permitirme estar a tu lado.

A mi **compañera de vida**, mi cómplice y la mejor persona para tener una verdadera gran lluvia de ideas, por caminar a mi lado, creer en mis sueños y recordarme cada día que la amistad y el amor verdadero son los mejores refugios ante cualquier tormenta.

Y a la **adversidad**, que sin quererlo se convirtió en mi pequeña maestra. A través de sus desafíos aprendí a ser más fuerte, a valorar lo esencial y a encontrar propósito en cada prueba. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Este proyecto es un reflejo de todas esas fuerzas que han moldeado mi vida. Con gratitud infinita, les dedico cada palabra.

INTRODUCCIÓN
“JUANA, LA MUJER DE INFLUENCIA QUE SOSTUVO EL MINISTERIO DE JESÚS”

¿Y si te dijera que una mujer invisible cambió el rumbo de la historia… sin subir jamás a una plataforma?

No enseñó multitudes. No escribió cartas apostólicas. No lideró una iglesia.
Pero sin ella, quizás muchas de esas cosas **nunca habrían sucedido**.

Vivimos en una época en la que se mide la influencia por la cantidad de seguidores, el volumen del micrófono o la visibilidad en las redes sociales.

Pero… ¿qué pasa con esas mujeres que sostienen vidas desde la cocina?
¿Las que oran mientras todos duermen?
¿Las que dan sin que nadie lo sepa?
¿Acaso su impacto vale menos porque no lleva un título?

Hay muchas mujeres que se sienten pequeñas, secundarias, irrelevantes…
Solo porque el mundo no les aplaude.

Este libro es para ellas.

En estas páginas descubrirás la historia de una mujer que vivió detrás del telón, pero **sostuvo el escenario más importante del universo**: el ministerio de Jesús.

Juana fue influencia sin exposición.
Fue sostén sin protagonismo.
Fue parte del plan de Dios… **sin buscar aplausos.**

Aquí aprenderás que tu vida —así como está, con tus recursos, tus heridas, tu experiencia— puede ser parte activa del Reino.
Este libro no es solo una biografía…
Es un **espejo**, un **despertar**, un **llamado a propósito eterno**.

No leerás un cuento religioso.
Leerás **tu historia… escrita en otra mujer**.

Quizás has sentido que no eres suficiente.
Que tu aporte no vale.
Que no eres la "protagonista" en tu iglesia, tu familia o tu entorno.
Pero si te detienes un momento, te darás cuenta de algo extraordinario:

Dios siempre ha usado a mujeres como tú.

Mujeres que aman en silencio.
Que sostienen sin ser vistas.
Que siguen caminando cuando otros se rinden.

Mujeres que, como Juana, **usan lo que tienen para cambiar lo eterno**.

Este no es un libro para leer y olvidar.
Es un libro para abrazar y **despertar**.
Para mirarte en el reflejo de Juana y recordar que tú también eres parte del plan eterno de Dios.

Así que… abre bien el corazón.

Este viaje es para ti.

Bienvenida a esta historia que también es tuya.

CAPÍTULO 1: "ENTRE EL PALACIO Y EL CAMINO POLVORIENTO"

La historia de Juana comienza en un lugar donde pocas historias de fe comienzan: en los pasillos del poder, en las sombras del palacio de Herodes. Era esposa de Chuza, un alto funcionario, y conocía la comodidad, el protocolo y la política. Pero algo ocurrió que cambiaría para siempre su vida: un encuentro con el Maestro. ¿Qué impulsa a una mujer de influencia a dejar la comodidad del lujo por los caminos polvorientos de Galilea? Esta es la historia de una decisión valiente y radical.

"CURACIÓN QUE ROMPE ESQUEMAS"

UNA VIDA MARCADA POR EL PODER... Y POR EL DOLOR

"Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes." — Lucas 8:3

El mármol del palacio era frío, incluso en los días más calurosos de Jerusalén. Juana caminaba por esos pasillos envuelta en seda, con sandalias que nunca habían tocado el polvo de Galilea. Su vida

transcurría entre sirvientas, banquetes, y conversaciones políticas susurradas con cuidado. Era la esposa de Chuza, intendente de Herodes, uno de los hombres más influyentes del reino. El poder, la riqueza y el prestigio eran parte de su entorno desde que se casó. A simple vista, lo tenía todo.

Pero lo que nadie veía era la sombra que la seguía.

Juana no siempre sonreía. Había días en los que el dolor la doblaba en su lecho, noches en las que despertaba empapada en sudor, días en los que los mejores médicos del imperio romano no sabían qué hacer con ella. Le ofrecían ungüentos, hierbas, dietas extrañas. Pero nada funcionaba. Era como si algo se hubiese roto dentro… y no había poder humano que pudiera repararlo.

Una mujer enferma en un mundo de hombres poderosos. Una dama noble con un cuerpo frágil. Una esposa distinguida, pero con un dolor invisible que el lujo no podía esconder.

En el palacio, lo importante era la imagen. Nadie hablaba de debilidad. El dolor era una vergüenza que debía disimularse. Y Juana, aunque vestida de púrpura y lino fino, se sentía cada vez más invisible. Su alma se marchitaba, no por falta de privilegios… sino por ausencia de esperanza.

Hasta que escuchó el nombre.

Jesús.

Un predicador del norte. Un hombre que no venía con oro, sino con autoridad. Decían que hablaba como nadie. Que los enfermos sanaban con solo tocar su manto. Que los demonios huían a su palabra. Que caminaba entre pescadores… pero cargaba el cielo en su mirada.

Juana no lo conocía, pero algo en su interior se estremeció. No fue solo curiosidad. Fue una sacudida espiritual. Algo le decía que ese nombre traía consigo más que un mensaje: traía libertad.

Y entonces, contra toda lógica, contra toda etiqueta social, tomó una decisión impensada. Pidió verlo.

Cuando lo tuvo frente a ella, no hubo protocolo. No hubo aplausos. Solo una mirada. Una tan pura, tan profunda, tan compasiva… que le quebró el alma. Juana no necesitó explicar su enfermedad. Él ya la conocía. No necesitó ofrendas, ni cartas de recomendación.

Solo fe.

Jesús le habló con ternura. No como a una noble, sino como a una hija. Le extendió la mano. Y en ese instante, Juana sintió cómo el dolor se deshacía dentro de ella como la niebla ante el sol.

Su cuerpo recobró vida. Pero fue su espíritu el que realmente despertó.

En ese instante, Juana entendió algo que ni el palacio ni los médicos le habían enseñado: el poder humano es limitado… pero el toque de Dios es eterno.

Ella, que vivía entre los poderosos, descubrió que solo Jesús tenía verdadero poder. Ella, que conocía el lujo, experimentó por primera vez el gozo. Y aunque sanó físicamente, fue su alma la que encontró propósito.

Desde ese día, nada volvió a ser igual. Porque cuando el Cielo toca tu vida, ya no puedes vivir como si nada hubiera pasado.

Pepita de oro:

El dolor no respeta títulos. Pero tampoco lo hace la gracia. Juana descubrió que no importa cuán alto estés en la sociedad… si tu alma está herida, necesitas al Salvador. Su historia nos recuerda que ninguna posición reemplaza la sanidad que solo Jesús puede dar. Y que cuando Él te toca, no solo te cura… te llama a vivir para algo mucho más grande que tú misma.

CUANDO EL CIELO TOCA TU CUERPO

Jesús no solo sanó a Juana. La despertó. La rescató de una vida cómoda pero vacía. Le devolvió no solo la salud, sino el sentido. Lo

que otros llamaron un milagro físico… fue, en realidad, un llamado celestial.

Aquel día fue diferente desde el amanecer. Juana había oído de Jesús, pero ahora lo vería con sus propios ojos. No por capricho, ni por espectáculo. Ella lo necesitaba. Lo anhelaba. Ya no podía vivir más con esa herida invisible, con esa fatiga existencial que ningún palacio podía cubrir.

La multitud se agolpaba. Unos por curiosidad. Otros por necesidad. Juana, por esperanza.

Él la miró… y entonces, el cielo la tocó.

Fue un instante. No hubo truenos. No cayó fuego del cielo. Pero dentro de ella, algo eterno se encendió. Sintió cómo su cuerpo recuperaba fuerzas, cómo su mente se despejaba, cómo su alma, por fin, respiraba. Pero no fue solo su carne lo que sanó.

Fue su **visión**.

Por años, Juana había vivido dentro de una jaula de oro. Sí, tenía privilegios, ropa fina, criados, un apellido de respeto… pero también un alma encerrada. Era parte del sistema de Herodes, un engranaje más en la maquinaria de poder, protocolo y apariencia. Y aunque parecía tenerlo todo, no poseía lo esencial: propósito.

Hasta que Jesús la tocó.

Entonces, todo cambió. Sus ojos, ahora abiertos, vieron lo que antes no podían. Vieron al pueblo. Vieron el dolor ajeno. Vieron la necesidad de Dios en cada rostro. Y sobre todo… vieron al Mesías no como un sanador más, sino como el Hijo de Dios que transformaba lo ordinario en eterno.

El toque de Jesús la arrancó del molde.

Donde antes había un alma noble sin rumbo, ahora había una mujer encendida, decidida, libre. Lo que antes la ataba al sistema —su posición, su riqueza, su nombre— ahora se convertía en herramientas para el Reino. Ya no se trataba de conservar su estatus… sino de consagrarlo.

Juana comenzó a ver diferente. Las riquezas ya no eran fin, sino medio. Su influencia no era adorno, sino puente. Su pasado no era carga, sino testimonio.

Cuando el cielo toca tu cuerpo, no solo te cura: te redirecciona.

La sanidad de Jesús es radical. No se queda en la superficie. Restaura huesos, pero también sueños. Limpia la piel, pero también la historia. Y a Juana, le devolvió la vida no para seguir igual… sino para empezar de nuevo.

Ella lo entendió sin que nadie se lo explicara: había sido tocada por el cielo… y ahora le tocaba a ella tocar la tierra.

Donde antes veía deberes sociales, ahora veía oportunidades divinas. Donde antes veía eventos políticos, ahora veía escenarios espirituales. Cada moneda, cada gesto, cada paso… podía tener propósito eterno.

Juana no fue una más entre la multitud. Fue una mujer marcada. Sellada. Enviada.

Y todo comenzó con un toque.

Pepita de oro:

Cuando Jesús te toca, no solo te sana… te lanza. Te limpia y te comisiona. Te levanta del dolor, pero también del letargo. Su sanidad no es un final feliz, sino el principio de una vida con propósito. Juana nos enseña que la verdadera curación no termina en el cuerpo… comienza cuando decidimos vivir para lo que fuimos sanados.

DE LA RECUPERACIÓN AL COMPROMISO

El cuerpo de Juana se había sanado. Su salud, restaurada. Su alma, encendida. Pero el milagro no la llevó de vuelta al confort… sino al camino.

Muchos sanan… y vuelven a sus rutinas. Otros reciben… y se alejan. Pero Juana no fue de esas. Cuando su enfermedad desapareció, también desapareció su necesidad de vivir para sí misma.

Ahora lo veía claro: Jesús no solo la había sanado del cuerpo, sino liberado del egoísmo. Y ella no podía quedarse sentada, viendo cómo el Reino avanzaba sin sumarse. El milagro había abierto una nueva página en su historia… y estaba decidida a escribirla con fidelidad.

Ya no quería solo vivir bien. Quería **vivir con propósito**.

A partir de ese momento, Juana se convirtió en más que creyente. Se convirtió en **seguidora**. Caminó con Jesús. Escuchó sus enseñanzas. Sirvió en lo que hiciera falta. Estaba allí cuando otros se alejaban. Entendió que la fe no es solo emoción… es entrega.

Y esa entrega fue práctica, concreta, total.

Tomó sus bienes —sí, su dinero, sus recursos, su herencia— y los puso en las manos del Maestro. No lo hizo como quien hace una donación puntual. Lo hizo como quien pone el alma en el altar.

"…y algunas mujeres… Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes… le servían de sus bienes." — Lucas 8:3

Juana entendió algo que muchos ignoran: **cuando Jesús te transforma, tu vida entera debe transformarse**. No puedes servir a un Rey con las sobras. No puedes ser discípulo sin compromiso. Y ella, acostumbrada a administrar riqueza en el sistema de Herodes, ahora administraba recursos para el Reino de Dios.

Su influencia, que antes alimentaba el sistema político, ahora sostenía el avance del Evangelio. Su nombre, que antes abría puertas en el palacio, ahora abría caminos en las aldeas. Lo que antes le servía para mantenerse cómoda, ahora lo usaba para llevar a otros a Cristo.

No todos los que reciben un milagro se convierten en discípulos.

Pero Juana sí.

Porque entendió que cuando Dios toca tu vida… tu vida ya no te pertenece.

Se unió al equipo que recorría ciudades y aldeas. Caminó sin garantías. Entregó sin condiciones. Su compromiso no se firmó con tinta, sino con generosidad. No usó su fe para pedir más… sino para darlo todo.

Y así, se convirtió en **una columna silenciosa del Reino**.

Mientras Pedro predicaba, Juana organizaba. Mientras los Doce discutían, ella servía. Mientras el mensaje se expandía, ella lo financiaba.

Y no lo hacía por reconocimiento. Lo hacía por gratitud. Por amor. Por compromiso.

Jesús no necesitaba su dinero. Pero usó su generosidad para expandir la luz. Porque el Reino no solo se edifica con palabras… sino con mujeres valientes que lo sostienen desde el corazón.

Pepita de oro:

La recuperación verdadera no termina cuando sanas, sino cuando decides usar tu nueva vida para algo eterno. Juana no se quedó en la gratitud. Se movió al compromiso. Ella entendió que seguir a Jesús no es solo creer… es invertir, caminar, sostener. Hoy, muchas pueden ser como Juana: mujeres sanadas… que sostienen el Reino con todo lo que tienen.

"DECISIONES QUE SACUDEN PALACIOS"

EL PRECIO DE SEGUIR A JESÚS

Seguir a Jesús no era tendencia. Era una sentencia. En un tiempo en que el Imperio vigilaba cada palabra y Herodes buscaba controlar cada corazón, creer en un predicador nazareno no era una decisión religiosa… era un acto de rebeldía.

Y Juana lo sabía.

Vivía en el epicentro del poder. Su esposo, Chuza, administraba los bienes del rey. El palacio era un hervidero de rumores, intrigas, banquetes y secretos. Allí no llegaban pescadores… ni profetas. Todo lo que oliera a desorden era rápidamente silenciado. Y Jesús, con su mensaje de Reino, ya había llamado la atención de los altos mandos.

Muchos hablaban de Él como un revolucionario peligroso. Otros, como un loco carismático. Pero Juana sabía quién era realmente. Porque lo había visto. Lo había escuchado. Lo había sentido. Y no podía negarlo.

Lo que antes era solo una convicción interna, ahora ardía como un fuego que no podía esconder.

Seguir a Jesús era más que un cambio de vida… era renunciar a una vida.

Juana entendía que, si continuaba caminando con el Maestro, no podría seguir fingiendo que todo estaba igual. No podría esconderse tras los mantos. No podría silenciar su fe para proteger su estatus.

Cada paso que daba detrás de Jesús era un paso más lejos del favor de Herodes.

Era conocida. Su nombre pesaba en la corte. Su rostro era recordado. Y ahora, su presencia en las multitudes que seguían a ese galileo no pasaría desapercibida.

No fue una decisión privada. No se trató de una fe oculta en el corazón. Juana escogió la **exposición**. Se puso del lado de un predicador perseguido, de un Reino que no tenía trono visible. Y eso podía costarle el apellido… o la cabeza.

Pero eligió a Jesús.

Eligió la Verdad, aunque eso implicara perder su seguridad. Eligió el camino estrecho, aunque conocía muy bien los atajos del sistema. Eligió al Rey eterno… aunque eso significara desafiar al rey terrenal.

Seguir a Jesús no es simplemente decir "sí" con los labios. Es cargar la cruz. Es morir a los privilegios. Es amar más la verdad que la comodidad.

Juana comprendió que su fidelidad no podía depender de lo que tenía que perder… sino de lo que ya había recibido. Y lo que había recibido no tenía precio: salvación, propósito, libertad.

Ese fue el precio que pagó: dejar de pertenecer a la estructura del palacio… para formar parte de los pilares del Reino.

Y lo pagó con gozo.

Porque algunos pierden el mundo… pero ganan el cielo.

Pepita de oro:

Seguir a Jesús te costará algo… pero no seguirlo te costará todo. Juana eligió el camino difícil, el camino del riesgo. Porque cuando has sido tocada por el cielo, ya no puedes vivir para agradar a los hombres. Su vida nos reta a salir del anonimato cómodo y abrazar una fe que se nota, que brilla, que incomoda al sistema… pero agrada al Cielo.

ENTRE LA POLÍTICA Y LA FE

Juana había aprendido desde joven que el poder no se sostenía con verdad, sino con alianzas. Desde los pasillos del palacio de Herodes, había visto cómo se negociaban destinos con una sola palabra, cómo

se sellaban pactos con una sonrisa y cómo se destruían reputaciones con un silencio estratégico.

Allí, en ese mundo de apariencias y manipulaciones, la fe no tenía espacio. Porque creer, en ese entorno, era una amenaza. Y ella lo sabía.

Juana no era ingenua.

Conocía los nombres de quienes ascendían y desaparecían. Había visto a reyes reírse en público de aquellos que luego mandaban a encarcelar en secreto. Había compartido cenas con romanos que veían a los judíos como números, no como almas. Sabía, sin que nadie se lo dijera, que el sistema estaba podrido.

Pero aún así, vivía dentro de él. O mejor dicho… **sobrevivía**.

Hasta que apareció Jesús.

Y con Él, otra forma de ver la vida. Una voz que no se vendía, un mensaje que no se negociaba. Jesús no buscaba alianzas con el poder, ni protección del gobierno. Él predicaba un Reino que no necesitaba soldados ni votos. Hablaba de justicia sin agenda, de verdad sin adornos, de perdón sin condiciones.

Era lo opuesto al sistema que Juana conocía.

Y, al mismo tiempo… era **lo que su alma siempre había anhelado**.

Seguir a Jesús no era solo una decisión espiritual. Era una ruptura política. No porque Jesús lo pidiera, sino porque su mensaje lo exigía. No se podía pertenecer al Reino de Dios y seguir jugando el juego de Herodes.

Juana lo entendió mejor que nadie. Porque lo había vivido. Porque lo había servido. Porque había visto cómo el palacio exigía lealtad absoluta… y cómo un solo paso fuera de la línea podía ser considerado traición.

Y sin embargo, decidió seguir a Jesús.

Eligió la fe antes que la estrategia.

Eligió la verdad antes que el silencio.

Eligió el Reino de Dios… sabiendo que no tenía lugar para diplomacias corruptas ni alianzas por conveniencia.

No fue una decisión impulsiva. Fue un acto de valentía. Porque el Reino de los Cielos era más real para ella que los banquetes del palacio. Más eterno que los decretos reales. Más poderoso que los anillos del César.

Juana descubrió que su alma no estaba diseñada para las tramas políticas… sino para el propósito eterno.

No dejó el sistema por debilidad, sino por convicción. Renunció a lo predecible para abrazar lo eterno. En un mundo donde todo era negociable, ella apostó por la única verdad innegociable: Jesús.

Y aunque el precio fue alto… **la libertad fue mayor**.

Pepita de oro:

La política busca el control. La fe, la transformación. Juana eligió servir al Reino que no manipula, sino que libera. Su historia nos desafía a dejar de hacer alianzas con el sistema de este mundo, y a apostar por un Reino donde la verdad no se negocia y el amor no tiene condiciones. Porque a veces, la mayor revolución ocurre cuando una mujer decide dejar de ser cómplice… y empieza a ser discípula.

UNA MUJER QUE LIDERA CON VALENTÍA

Juana no caminaba detrás de Jesús como una sombra. No era una seguidora más, perdida entre la multitud. Ella llevaba algo más que fe: llevaba historia. Y esa historia, en las manos del Maestro, se convirtió en una antorcha que iluminaba el camino de otras.

Cada vez que Juana aparecía entre los discípulos, no pasaba desapercibida.

No por sus ropas finas —que poco a poco se tornaron más humildes—, ni por su apellido —que ya no ostentaba como escudo—, sino por su convicción. Tenía la mirada de quien ha dejado todo por algo que no se ve… pero que se siente más real que cualquier otra cosa.

Había algo en ella que inspiraba.

Otras mujeres la observaban con admiración y asombro. ¿Cómo alguien que venía del corazón del poder podía caminar con tanta humildad? ¿Cómo alguien que tenía todo… ahora servía con manos gastadas y sonrisa sincera?

Juana no predicaba con sermones. Predicaba con su vida.

Su testimonio tenía autoridad. Porque no hablaba desde la teoría, sino desde la transformación. No animaba desde la distancia, sino desde el polvo del camino, desde el servicio diario, desde la entrega sin condiciones.

No buscaba liderar… pero lideraba.

Porque el liderazgo verdadero no grita, inspira.

No se impone, **convoca**.

Y eso era Juana. Una mujer que abría caminos con su fe, con su ejemplo, con su presencia fiel.

Donde ella iba, otras se atrevían a ir.

Si Juana —una mujer del círculo de Herodes— podía seguir a Jesús con valentía, ¿por qué no hacerlo ellas también? Si ella podía soltar el miedo, también podían ellas soltar sus cadenas.

Su fe no era sólo personal. Era contagiosa. Y eso… **eso es liderazgo**.

Juana comenzó a convertirse en una referente para las mujeres del Reino. No porque se lo propusiera, sino porque su vida hablaba más fuerte que cualquier título.

Ella no servía para que la vean.

Servía para que otras crean.

Su liderazgo no estaba en lo alto de una plataforma, sino en la constancia de sus pasos. En la forma en que abría su casa. En cómo compartía sus recursos. En cómo escuchaba sin juzgar. En cómo oraba con pasión por las demás.

Era valiente, no porque no tuviera miedo, sino porque eligió actuar a pesar del miedo.

Su liderazgo no fue fabricado por la fama, sino forjado en el fuego de la renuncia.

Y así, Juana se convirtió en algo más que una discípula.

Se convirtió en una **guía**.

Una **madre espiritual**.

Una **líder del Reino**, no por autoridad humana, sino por influencia divina.

Pepita de oro:

El liderazgo no siempre lleva corona… a veces lleva sandalias polvorientas. Juana nos enseña que una mujer valiente no es la que grita más fuerte, sino la que camina con firmeza. Su historia es un llamado a todas las que han sido sanadas, restauradas y levantadas: no solo sigas a Jesús… **sé una de las que abren el camino para otras**.

"EL COMIENZO DE UNA VIDA NUEVA"

UNA DISCÍPULA EN MEDIO DE LOS DOCE

Ella no llevaba manto rabínico. No predicaba en las sinagogas. No tenía un lugar entre los Doce. Pero allí estaba… caminando entre ellos, escuchando al Maestro, sirviendo con excelencia. **Juana no tenía título, pero tenía llamado**. Y lo supo desde que Jesús la miró por primera vez.

Mientras Pedro discutía, Juan reflexionaba y Tomás dudaba… Juana observaba, aprendía, discernía. No era una invitada ocasional. Era parte del círculo. Una discípula no nombrada por los líderes, pero conocida por el Maestro.

La historia no registra muchas palabras de Juana. Pero su **presencia constante** decía más que mil discursos.

Ella no necesitaba el centro del escenario, porque entendía que el verdadero discipulado se vive más con los pies que con la voz. Y los suyos… estaban firmemente puestos en el polvo del camino.

Los discípulos sabían que ella estaba. Lo veían. La respetaban. Porque no solo era fiel, sino valiente. No solo daba recursos, sino que se quedaba cuando otros se iban. Juana se mantuvo, aún cuando el mensaje se volvía incómodo. Aún cuando la cruz comenzaba a proyectar su sombra.

Jesús no hizo acepción de personas. Por eso Juana estaba allí. Porque aunque el sistema religioso la habría dejado afuera, **el Reino la abrazó adentro**.

Ella escuchaba las parábolas sentada junto a las otras mujeres. Observaba los rostros de los apóstoles, y notaba cómo la revelación les caía como lluvia. Y ella también bebía esa agua viva. No como una visitante curiosa, sino como una **discípula sedienta**.

Juana no solo daba sus bienes… **daba su corazón entero**.

Muchos piensan que ser discípulo es cargar una Biblia o asistir a reuniones. Juana lo entendió mejor: ser discípulo es caminar con Jesús todos los días, incluso cuando el camino no es claro. Es amar al Maestro, aún cuando sus pasos te lleven a lugares inciertos. Es servir sin ser aplaudido, amar sin ser recompensado, y sembrar sin garantía de cosecha inmediata.

Y ella lo hizo.

Cada día.

Sin quejarse.

Sin buscar protagonismo.

Solo con un corazón rendido y una fe encendida.

Ella era parte del círculo que hacía posible el ministerio, aunque no fuera parte de los elegidos visibles. Porque el Reino no se construye solo con predicadores, sino con mujeres como Juana: **firmes, discretas, esenciales**.

Cuando Jesús hablaba del Reino, Juana no pensaba en teorías… lo vivía. Cuando Jesús sanaba a multitudes, ella no lo miraba desde lejos… lo acompañaba. Cuando Jesús se apartaba a orar, ella también cerraba los ojos, y oraba por Él. Porque era discípula. Completa. Comprometida. Presente.

Pepita de oro:

Juana nos recuerda que no necesitas ser parte del grupo oficial para ser parte esencial del Reino. Ella no fue nombrada entre los doce… pero fue reconocida por el Cielo. Su vida nos enseña que los verdaderos discípulos no siempre están en la plataforma, pero sí están en la historia. Y Dios los ve. Y los honra. Porque una vida rendida es más poderosa que cualquier título humano.

TRANSFORMAR INFLUENCIA EN SERVICIO

Juana había crecido en un mundo donde el poder era una herramienta para ascender, no para ayudar. En el palacio, los que tenían posición mandaban, y los que no, obedecían. La influencia se medía por el número de criados, por la cercanía al trono, por la forma en que uno podía hacer que las cosas sucedieran… o se detuvieran.

Pero el Reino de Dios tenía otras reglas. Y Juana decidió vivir bajo ellas.

Cuando Jesús la sanó, no solo curó su cuerpo. Le enseñó una nueva manera de mirar el mundo. Lo que otros usaban para dominar, ella lo usaría para **servir**. Lo que otros acumulaban para sí, ella lo entregaría para muchos.

Tenía acceso. Tenía recursos. Tenía voz en lugares donde otros no eran escuchados.

Y no lo escondió… lo **consagró**.

Juana entendió algo que muy pocos entienden: la verdadera grandeza no está en subir, sino en bajar por amor.

Cada vez que ayudaba a planear un viaje para Jesús, usaba sus contactos. Cada vez que conseguía comida para los discípulos, ponía en marcha su red. Cada vez que alguna mujer nueva se acercaba temerosa al grupo, Juana era la que la acogía, con una sonrisa que decía: "aquí, también tú tienes un lugar".

No usó su influencia para que la vean.

La usó para que **otros vean a Jesús**.

Donde antes era llamada "la esposa de Chuza", ahora la conocían como "la que camina con el Maestro".

Su rol ya no estaba definido por su apellido, sino por su entrega.

Su estatus ya no se sostenía por el poder de Herodes, sino por el gozo de servir al Rey de reyes.

Lo que otros usaban como escalera para subir, Juana lo convirtió en puente para que otros cruzaran.

Las mujeres la seguían, no por admiración, sino por inspiración. Porque si alguien como ella podía desprenderse del lujo, cualquiera podía ofrecer lo que tuviera. Juana se volvió ejemplo no por lo que poseía, sino por lo que **entregaba con gozo**.

Jesús había dicho:

"El que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor." — Mateo 20:26

Juana lo tomó literal.

Y así, se volvió grande a los ojos del Cielo.

Su servicio era fino, atento, constante. Como una líder silenciosa, organizaba sin imponer, ayudaba sin exigir, edificaba sin aplausos. No necesitaba títulos. No buscaba protagonismo. Solo quería que el Reino avanzara, y que otros conocieran al que la había sanado.

Juana hizo algo que pocos logran: convirtió su influencia en un acto de amor diario.

Pepita de oro:

El poder no es malo… lo es el propósito con el que se usa. Juana nos muestra que la verdadera grandeza está en servir desde donde estás, con lo que tienes. Su vida es una invitación a dejar de buscar reconocimiento, y empezar a construir puentes. Porque cuando entregas tu influencia al servicio de Dios… Él transforma tu historia en un legado eterno.

LA MUJER QUE FINANCIÓ LA FE

Los milagros necesitan fe…
Pero también caminos.
Y los caminos no se recorren sin recursos.

Jesús podía multiplicar panes, calmar tormentas y sanar al instante. Pero había algo que, por diseño divino, decidió confiar en manos

humanas: **el sostenimiento práctico de su ministerio**.

Y fue allí donde Juana se convirtió en clave.

"Y algunas mujeres… Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas… le servían de sus bienes." — Lucas 8:3

Esas pocas líneas contienen una de las verdades más poderosas y menos predicadas del Evangelio: el Reino también se sostiene con corazones generosos… **y con manos abiertas**.

Juana entendió esto mejor que nadie.

Ella sabía lo que significaba una red de provisión. En el palacio había visto cómo se movía el dinero, cómo se financiaban los imperios, cómo se sostenían las campañas políticas. Conocía la fuerza detrás de cada moneda.

Pero cuando Jesús tocó su vida, lo entendió de forma distinta: **las monedas no debían levantar tronos humanos… sino extender el Reino eterno.**

Y eso hizo.

Juana no predicaba en la sinagoga. No escribía cartas a las iglesias. No llevaba un título rabínico. Pero cada paso de Jesús, cada viaje entre aldeas, cada noche de descanso… llevaba su huella invisible.

Cuando el Maestro necesitaba hospedaje, ella lo conseguía.

Cuando los discípulos tenían hambre, ella lo solucionaba.

Cuando una nueva jornada misionera comenzaba, ella ya había provisto lo necesario.

No buscaba aplausos. Solo quería que la Palabra siguiera avanzando.

Alguien podría decir que solo "dio dinero".

Pero no. **Juana invirtió fe. Invirtió amor. Invirtió propósito.**

Cada moneda que salía de sus manos llevaba una oración, un sueño, una esperanza. Ella no solo financiaba viajes… financiaba milagros. Alimentaba discípulos. Cubría caminatas que terminarían en vidas transformadas.

Y eso es **predicar con generosidad**.

Porque quien siembra en el Reino, aunque no hable en voz alta… **está predicando con sus actos.**

Muchas veces, mientras Pedro sanaba a un enfermo, o Jesús enseñaba en una montaña, nadie pensaba en cómo habían llegado hasta allí, o quién había cubierto los gastos del pan. Pero en el Cielo, todo eso tenía nombre.

Y Juana era uno de esos nombres.

La mujer que hizo posible lo invisible.

La mujer que predicó sin palabras… con su generosidad.

Ella entendía que el Evangelio es gratuito, sí… **pero su expansión cuesta entrega, esfuerzo, renuncia**. Y ella estaba dispuesta a darlo todo. Porque sabía que cada inversión en Cristo nunca vuelve vacía.

Pepita de oro:

Juana nos recuerda que no se necesita un púlpito para ser predicadora. Cada acto de generosidad, cada recurso entregado con amor, cada semilla sembrada en el Reino… es una predicación silenciosa que transforma el mundo. Ella no escribió epístolas, pero escribió historia con su entrega. Y hoy, miles caminan hacia la fe… porque una mujer como Juana decidió sostener el Evangelio con lo que tenía, y con todo lo que era.

CAPÍTULO 2: "EN LAS SOMBRAS DEL REINO, PERO EN EL CORAZÓN DEL MAESTRO"

Juana no buscó protagonismo, pero su impacto fue innegable. Mientras otros discutían posiciones, ella servía con pasión. No buscaba los primeros lugares, pero se encontraba en los momentos más trascendentales. Su influencia fue silenciosa, pero poderosa; discreta, pero decisiva. Este capítulo revela cómo Dios utiliza a quienes sirven desde las sombras… para escribir historias eternas.

"PRESENTE EN LOS CAMINOS, CONSTANTE EN LA OBRA"

UNA FE QUE CAMINA, NO QUE SE ACOMODA

"Y aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios; y los doce con él, y algunas mujeres… Juana, mujer de Chuza…" — Lucas 8:1-3

La fe de Juana no era de las que se quedan en casa con una oración y un suspiro. No era cómoda ni silenciosa. Era una fe **en**

movimiento, de esas que no se conforman con haber sido tocadas por Jesús… sino que quieren caminar con Él.

Ella no solo creía. **Seguía.**

La mayoría, después de recibir un milagro, regresaba a su rutina. Agradecían, tal vez lloraban de emoción, y volvían a sus casas. Pero Juana hizo algo distinto. No quiso volver a su antigua vida. Su antigua vida ya no le servía. Era como intentar calzarse unos zapatos que el alma había superado.

Desde que Jesús la sanó, **no pudo quedarse quieta.**

Jesús iba por todas partes. A pie. Sin comodidades. Sin agenda política. Sin pausas prolongadas. El ministerio del Maestro era dinámico, demandante, desgastante. Pero Juana eligió caminar tras Él.

Ella, acostumbrada a las carretas del palacio, ahora pisaba el mismo polvo que los pescadores. Dormía bajo los mismos cielos que los discípulos. Comía pan simple, sin sirvientes ni vajillas finas.

¿Y se quejaba? No. **Amaba.**

Su amor era móvil. Su entrega, constante. Su fe, práctica.

Porque el amor que no se mueve… no transforma.

Juana sabía que una fe estacionaria se enfría. Que un compromiso que no se pone en marcha… se desgasta. Por eso, cada vez que Jesús salía de una ciudad rumbo a otra aldea, ella recogía sus cosas y lo seguía.

No porque fuera obligada.

Sino porque su corazón ya no podía estar lejos de Aquel que le había dado nueva vida.

Cada día con Jesús era distinto. Algunos días eran gloriosos: milagros, multitudes, aplausos. Otros eran silenciosos, duros, tensos. Pero Juana **nunca se apartó**.

Cuando el camino se hacía largo, ella lo acortaba con su fidelidad.

Cuando las noches eran frías, ella ayudaba a calentar el ambiente con su servicio.

Cuando la gente murmuraba, ella seguía creyendo.

Y lo hacía no por protagonismo. No buscaba ser vista. Su gozo estaba en **estar presente**. En estar disponible. En estar cerca.

Donde iba Jesús… allí estaba ella.

Su fe tenía pies.

Y en un mundo donde muchos aman desde lejos, Juana eligió amar desde cerca. No adoraba al Maestro con palabras elegantes, sino con pasos decididos. No se quedó recordando el milagro que la sanó, sino que se convirtió en parte de la misión que transforma.

Su fe caminaba. Su fe construía. Su fe **no se acomodaba**… porque el amor verdadero siempre busca avanzar.

Pepita de oro:

La fe que cambia el mundo no es la que se guarda, es la que camina. Juana nos inspira a salir de la comodidad de una religión estática y abrazar una relación viva, activa y entregada. Porque el verdadero seguimiento no es decir "creo en Jesús"… sino levantarse cada día y decir: "Voy con Él. A donde vaya. Como sea. Cueste lo que cueste." Que nuestra fe, como la de Juana, deje huellas… porque camina.

MUJER EN MEDIO DE MULTITUDES Y MILAGROS

Seguir a Jesús era caminar al ritmo de lo imposible.

Cada día con Él era una mezcla de polvo y gloria, de cansancio físico y éxtasis espiritual. Para Juana, no se trataba solo de creer en un Mesías… era vivir envuelta en milagros. Era despertar cada mañana sabiendo que el cielo podía abrirse en cualquier momento.

Y ella estaba allí. **No como espectadora… sino como parte del equipo que hacía posible lo divino.**

Multitudes seguían al Maestro, pero no todos se quedaban. Algunos buscaban espectáculo. Otros, pan. Muchos venían por curiosidad, y se marchaban al primer desafío. Pero Juana permanecía.

Cuando Jesús hablaba en la sinagoga, ella lo escuchaba desde el rincón. Cuando enseñaba desde la barca, ella estaba entre la gente. Cuando se retiraba a orar, ella esperaba en silencio. Y cuando el milagro estallaba —como un relámpago de gracia sobre la tierra—, Juana no se sorprendía… **adoraba**.

Porque su corazón ya vivía en ese mundo.

Ella vio paralíticos levantarse.

Recuerda bien ese día. El hombre bajado por el techo, inmóvil, desesperado. Las voces de los fariseos llenando el ambiente con escepticismo. Y entonces, la voz de Jesús, serena y firme:
"Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa." — Lucas 5:24

Y el milagro ocurrió. No solo un cuerpo se enderezó. Un alma fue liberada. Juana sintió un nudo en la garganta. Aplaudió sin gritar. Lloró sin hacer escándalo. Porque entendía que estaba en presencia del Creador… en pleno movimiento.

También estuvo allí cuando los panes y los peces se multiplicaron. Lo había escuchado decir que no quería despedir a la multitud con hambre. Ella misma había servido parte de esa comida. Pensó que no alcanzaría. Pero en manos del Maestro, lo poco se volvió abundancia.

"Tomó los cinco panes y los dos peces… y dio a sus discípulos para que pusiesen delante de la gente. Y comieron todos, y se saciaron." — Lucas 9:16-17

Juana no solo vio el milagro. **Lo distribuyó con sus propias manos.**
Ella, que en el pasado había servido banquetes a los ricos de Herodes, ahora repartía el pan del cielo a los humildes del Reino.

Y su corazón jamás volvió a ser el mismo.

Vio también cómo los demonios huían, cómo los leprosos eran restaurados, cómo los niños corrían hacia Jesús con confianza. Cada jornada era un pedazo del Cielo tocando la tierra. Y ella tenía el privilegio de estar allí, con los pies llenos de polvo… pero con el alma encendida.

Juana no tenía púlpito, pero **tenía presencia**.

No llevaba títulos, pero **llevaba autoridad por amor**.

No realizaba los milagros, pero **era parte del engranaje celestial que los hacía posibles**.

Mientras algunos miraban con asombro, ella servía con propósito. Preparaba, organizaba, animaba, oraba. No todos veían lo que hacía. Pero Jesús sí.

Y eso bastaba.

Juana descubrió que el milagro más grande no era ver sanar a otro… sino ser parte activa de lo que Dios hacía en el mundo.

Pepita de oro:

Juana nos enseña que no se necesita un escenario para vivir lo sobrenatural. Se necesita disponibilidad, fidelidad y amor. Ella fue testigo de los mayores milagros del Evangelio, no porque buscaba protagonismo… sino porque decidió caminar cerca de Jesús, y servir donde hiciera falta. Su vida nos recuerda que quien se mantiene cerca del Maestro… tarde o temprano se convierte en parte del milagro.

LAS QUE NO PREDICAN, PERO PREPARAN EL TERRENO

Los sermones de Jesús cambiaban corazones.

Sus parábolas desafiaban las estructuras del alma.

Sus milagros llenaban de esperanza las aldeas y encendían rumores en las ciudades.

Pero hay algo que los evangelios apenas insinúan, y sin lo cual nada de eso habría sido posible: **alguien preparaba el terreno**.

Mientras los apóstoles afinaban sus preguntas teológicas y las multitudes esperaban en la plaza, Juana se movía con paso firme y silencioso. Coordinaba quién traería agua, quién prepararía el pan, dónde dormirían esa noche, cómo llegarían al próximo pueblo.

No se trataba solo de servir. Se trataba de **sostener**.

Porque el Reino no avanza únicamente por la voz de los que predican… sino por las manos de los que preparan.

Juana no buscaba estar en la primera fila del milagro. Estaba en la trastienda del mover de Dios. Y desde allí, su influencia era inmensa. Ella era una columna invisible que sostenía lo que otros veían.

"Y algunas mujeres… Juana, mujer de Chuza… y otras muchas… le servían de sus bienes." — Lucas 8:3

Pero no eran solo sus bienes. Era su tiempo. Su fuerza. Su logística. Su sensibilidad.

Mientras unos hablaban del Reino, **ella lo hacía posible**.

Preparaba caminos.

Coordinaba rutas.

Organizaba provisiones.

Conocía aldeas, sabía a quién pedir ayuda, cómo evitar conflictos con las autoridades locales, qué comerciantes eran confiables, y dónde encontrar descanso sin ruido ni interrupciones.

Ella transformaba cada jornada de Jesús en un acto realizable.

Era como el corazón que late sin ser visto. Como las raíces que nadie aplaude, pero que nutren el árbol entero.

Y eso era Juana.

La historia recuerda las palabras de Pedro.

La sabiduría de Juan.

La pasión de Pablo.

Pero pocas veces se habla de las mujeres que prepararon la mesa antes de cada enseñanza. De las que cargaron los canastos. De las que limpiaron los mantos. De las que aseguraron que el día siguiente tuviera lo necesario para seguir.

Sin ellas, el mensaje no habría llegado tan lejos.

Y Juana estaba entre ellas. No por obligación, sino por amor. Porque comprendía una verdad profunda: **lo que se hace en lo oculto, Dios lo multiplica en lo eterno**.

No llevaba títulos.

Pero edificaba como una arquitecta espiritual.

No tenía púlpito.

Pero su servicio abría el espacio para que la Palabra fuera sembrada.

Era una de esas mujeres que no piden reconocimiento, pero sin las cuales el Reino perdería estabilidad.

Una sierva que hacía visible lo invisible.

Una mujer que convertía los detalles en adoración.

Una organizadora del Reino.

Una pionera silenciosa.

Juana predicaba sin palabras.
Y su mensaje era claro:
"Aquí estoy. Para que el Reino avance, yo sirvo."

"FE QUE SOSTIENE EN TIEMPOS DIFÍCILES"

LA FE TAMBIÉN PASA POR EL DOLOR

"Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte…" — Lucas 22:32

La fe de Juana no nació en una sinagoga… sino en medio del polvo y del milagro. No surgió en las buenas noticias, sino en la desesperación de un cuerpo roto. Y aunque comenzó con una sanidad, fue en el dolor donde **su fe realmente maduró**.

Porque no todo fue gozo.

No todo fueron multitudes admirando a Jesús ni niños corriendo a sus brazos.

Hubo días oscuros.

Días de persecución.

De miedo.

De dudas.

Ella lo notó primero en las miradas: los fariseos, antes curiosos, ahora estaban tensos. Luego en las reacciones del pueblo: algunos que antes aplaudían, ahora susurraban en voz baja. Después, los rumores: que Herodes lo vigilaba. Que los líderes religiosos lo querían muerto. Que seguir a Jesús podía ser peligroso.

Y Juana estaba ahí. Entre los que no sabían si esa jornada terminaría con un milagro… o con un arresto.

No se hablaba abiertamente, pero el ambiente estaba cargado. La tensión se podía cortar. En las noches, algunos discípulos se miraban con preocupación. El rostro del Maestro también mostraba otra expresión. Él sabía. Todos lo sabían, aunque no querían admitirlo: **el final se acercaba**.

Y Juana, como mujer, como discípula, como parte del equipo… también lo sentía.

Tuvo miedo.

No lo negó.

Pero no se detuvo.

Cuando muchos se desanimaron y comenzaron a desaparecer, ella se mantuvo. Cuando los viajes se hicieron más difíciles, cuando la presión aumentó, cuando las amenazas eran cada vez más reales… Juana decidió quedarse. Porque su fe no estaba anclada en la popularidad de Jesús, ni en los días felices. **Estaba anclada en quién Él era**.

Y eso no cambiaba, aunque el panorama sí lo hiciera.

La fe verdadera no solo canta cuando todo va bien.

La fe verdadera **permanece cuando todo se tambalea**.

Juana recordó las palabras del Maestro:

"Yo he rogado por ti, que tu fe no falte…"

Y aunque esa promesa fue dirigida a Pedro, ella la hizo suya. Porque sentía que también Jesús oraba por ella, que su nombre estaba presente en el corazón del Salvador. Esa certeza la sostuvo.

No la sostuvo su fortaleza.

La sostuvo su confianza.

No la sostuvieron sus recursos.

La sostuvo su **decisión diaria de creer… aunque doliera**.

Ser mujer en aquellos tiempos ya era un riesgo. Ser mujer seguidora de Jesús era una amenaza doble. Pero Juana no retrocedió. Porque aunque su cuerpo temblara, **su fe se afirmaba**. Y en medio del dolor, su amor por el Maestro se hizo más profundo, más real, más eterno.

Pepita de oro:

Juana nos recuerda que la fe verdadera no se mide en los días de victoria, sino en los días de prueba. No es fe la que solo sirve para los milagros… es fe la que también permanece en el miedo, en la confusión, en el silencio. Su ejemplo nos enseña que el dolor no anula la fe… **la fortalece**, si decides no soltar la mano de Dios. Porque cuando todo se desmorona, la fe que ha echado raíces… permanece.

EL MOMENTO EN QUE TODO PARECÍA PERDERSE

La noche fue larga.

Demasiado larga.

Las noticias corrían más rápido que las oraciones. Jesús, el Maestro, el Sanador, el que hablaba como ningún otro… había sido arrestado.

El corazón de Juana se paralizó.

No hubo juicio justo. Solo sombras. Acusaciones tejidas por celos y miedo. Murmullos en los pasillos del templo. Voces exaltadas en medio de la noche. Judas, el traidor. Pedro, el negador. Los otros… dispersos.

¿Y Juana?

Ella **no huyó**.

Mientras los poderosos se escondían en sus mansiones, los discípulos desaparecían por los callejones, y los sacerdotes tramaban cómo apagar al Cristo… Juana permaneció.

No porque no sintiera miedo. Sino porque su amor era más fuerte.

Había caminado con Él. Había servido con Él. Había visto milagros, escuchado parábolas, sentido cómo su vida entera cobraba sentido con una sola mirada suya. ¿Y ahora… iba a retroceder?

No.

No en el momento más oscuro.

No cuando su fidelidad podía ser la última ofrenda.

El viernes cayó como una tormenta sobre sus espaldas. La ciudad estaba alborotada. Gritos. Golpes. Soldados. Sangre. Silencio. Una cruz levantada en el monte.

Juana miró.

No desvió la vista.

No cubrió su rostro.

No buscó consuelo donde no lo había.

Solo **miró al que una vez la levantó con amor… siendo ahora levantado en dolor.**

¿Dónde estaban los poderosos?

¿Dónde estaban los influyentes, los aliados, los que antes pedían milagros?

Ausentes.

Pero Juana no buscaba seguridad.

Buscaba ser fiel.

Y por eso estaba allí.

Sin palabras.

Solo con lágrimas.

Solo con presencia.

Ella entendía que, aunque todo pareciera perderse… aún había algo que podía mantenerse: **la lealtad**.

No entendía el plan completo. No sabía qué pasaría después. Pero sabía esto: **no dejaría solo a quien nunca la dejó a ella.**

Porque ese es el amor real.

El que no necesita garantías.

El que no espera recompensas.

El que se queda… cuando todos se van.

Juana, en ese viernes de sombras, se convirtió en faro silencioso.
Fue columna en medio del colapso.

Fue fidelidad encarnada.

Y aunque el cielo se oscureciera… su alma se mantuvo encendida.

Porque la fe, cuando todo parece perderse, **es cuando más se encuentra**.

Pepita de oro:

Juana nos muestra que la fidelidad no se mide cuando todo va bien… sino cuando todo parece perdido. Ella no huyó del Gólgota. No desapareció en la hora más oscura. Su fe no necesitó entenderlo todo para seguir amando. Porque cuando el amor es verdadero, se queda. Y cuando la fe es profunda, **no necesita luz para sostenerse: basta con la memoria del rostro que la encendió.**

LA MUJER QUE SIRVIÓ INCLUSO SIN RESPUESTAS

Había silencio.

Un silencio extraño, cargado, incomprensible.

Jesús había muerto.

El Maestro que abría los ojos de los ciegos… ahora tenía los suyos cerrados. El que sanaba con una palabra… había sido traspasado por clavos. El que hablaba del Reino… yacía en una tumba.

Y Juana… seguía allí.

No comprendía todo.

¿Cómo entender que el Hijo de Dios muriera como un criminal?

¿Cómo encajar las promesas con la cruz?

¿Cómo sostener la esperanza cuando el cuerpo de quien traía vida… estaba sin vida?

Pero Juana no dejó que la falta de respuestas apagara su amor.

Porque hay amores que no necesitan lógica.

Solo memoria.

Ella recordaba.

Recordaba su propio cuerpo quebrado, su alma vacía, su vida sin rumbo.

Recordaba el día en que Jesús la miró.

La tocó.

La sanó.

Le habló con dignidad.

Le devolvió el propósito.

¿Cómo dejar de amar a quien te dio una nueva historia?

Juana no tenía todas las piezas del rompecabezas, pero **tenía una certeza tatuada en el alma**: Jesús era real. Y valía la pena seguir amándolo… incluso en la incertidumbre.

Otros se alejaron.

Algunos cayeron en el escepticismo.

Varios se encerraron en casas, con miedo, con dudas, con reproches.

Juana no.

Ella sirvió.

Con dolor, sí.

Con lágrimas, sí.

Con el corazón hecho trizas, sí.

Pero **sirvió**.

Cuando se preparaban los aromas para ungir su cuerpo, ella colaboró.

Cuando las demás lloraban, ella también lloraba… pero organizaba.

Cuando todo parecía perdido, **Juana se volvió testimonio viviente de que el amor verdadero no retrocede… ni siquiera ante la tumba**.

Ella no esperaba recompensas. No exigía explicaciones. Su fe no dependía de los resultados… sino del amor que la había transformado.

Y ese amor seguía vivo en su interior.

Aunque todo lo demás pareciera muerto.

Esa es la fe que cambia la historia.

La que sirve cuando otros se detienen.

La que ama cuando otros se enfrían.

La que permanece cuando todo parece perdido.

La fe que no necesita ver para creer.

La fe de una mujer que no predicó en púlpitos, pero predicó con su fidelidad.

La fe de Juana.

Pepita de oro:

Juana nos enseña que el amor real no exige garantías, y que la fe verdadera no necesita comprender para continuar. Ella siguió amando cuando no entendía. Sirvió cuando no veía respuestas. Esperó, aunque todo parecía acabado. Y en su silencio fiel, se convirtió en una de las columnas invisibles del Reino. Que tu fe, como la de Juana, no dependa del resultado… sino del amor que un día te encontró y jamás te soltó.

"ENTRE LAS PRIMERAS TESTIGOS DEL VACÍO"

LA FIDELIDAD QUE TE LLEVA A LA TUMBA… Y MÁS ALLÁ

"Fueron María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas… y hallaron removida la piedra del sepulcro." — Lucas 24:10

El amanecer era frío.

El sol apenas comenzaba a teñir el cielo de púrpura cuando las mujeres salieron con los ungüentos. Iban en silencio, con los pasos lentos, con el corazón en duelo. Jesús estaba muerto. Y aún así, ellas iban.

Juana iba con ellas.

No por costumbre, sino por amor.

No por protocolo, sino por fidelidad.

Las otras se preguntaban: "¿Quién nos removerá la piedra?"

Juana no respondió. No tenía la respuesta. Pero aún sin certezas, **siguió caminando**.

Ella no podía levantar piedras, pero sí podía sostener la fe.

Y eso hacía: caminaba con la esperanza rota… pero con el amor intacto.

Juana había visto morir al Maestro.

Vio la sangre.

Vio la lanza.

Vio la piedra cerrar la tumba.

Pero aun así, **fue**.

Porque hay fidelidades que no entienden de lógica.
Hay lealtades que no se cancelan con el silencio de Dios.

Y entonces, pasó lo impensable.
La piedra… estaba removida.
El sepulcro… vacío.
Y los ángeles… anunciando:
"¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado." — Lucas 24:5-6
Juana sintió que el aire se le escapaba del pecho.
Había llegado a ungir un cadáver.
Pero Dios le dio algo mejor: **ser testigo del principio de una nueva era.**

Juana no fue testigo de segunda mano.
Ella estuvo allí.
Con sus propias lágrimas…
con sus propios pies…
con su propio corazón latiendo entre el asombro y la adoración.
Fue parte del primer **"¡Ha resucitado!"**
El anuncio más poderoso de la historia… salió del sepulcro a través de mujeres fieles.
Y entre ellas… **estaba Juana.**
La fidelidad la llevó a la tumba.
Pero su fidelidad también la llevó a ver la **vida que venció la muerte.**
Porque las que aman hasta el final… son las primeras en ver el comienzo.

Dios no se olvidó de Juana.
El cielo la honró con presencia.
Con privilegio.

Con revelación.

Y sin púlpito, sin títulos, sin aplausos… ella fue testigo del mayor milagro de todos los tiempos.

Pepita de oro:

La fidelidad que te lleva a la tumba, también te lleva al milagro. Juana nos enseña que las que se quedan cuando todo parece terminado… son las que reciben la gloria de un nuevo comienzo. Porque Dios no se olvida de las que aman en silencio, sirven en la sombra y creen aunque todo parezca perdido. La fidelidad verdadera **nunca es en vano**… siempre termina en resurrección.

CUANDO EL CIELO RESPONDE A TU CONSTANCIA

El cielo **no se apresura**, pero **tampoco olvida**.

Dios no siempre actúa en el tiempo que esperamos…
pero siempre recompensa a quienes permanecen.

Juana lo entendió.

Y vivió para experimentarlo.

Desde que Jesús la sanó, Juana decidió seguirlo.

No fue una emoción pasajera, ni una ofrenda simbólica. Fue una entrega de vida. Caminó con Él durante el ministerio. Lo sostuvo con sus recursos, con su tiempo, con su fe. Estuvo cuando la multitud aclamaba… y también cuando todos se escondieron.

La constancia fue su lenguaje de amor.

Había visto milagros, sí.

Pero también había sentido miedo.

Había sido testigo de la gloria… y de la cruz.

Y aún así, **no se fue**.

Cada paso al lado del Maestro la fue transformando. Día tras día. Ciudad tras ciudad. Encuentro tras encuentro. Ella no vivía de grandes momentos. Vivía de **presencia constante**.

Y esa constancia… un día tocó el cielo.

Porque en la mañana de la resurrección, mientras otros dormían, mientras los hombres se lamentaban en cuartos cerrados, mientras las esperanzas estaban enterradas bajo el peso de la lógica…

Juana **se levantó**.

Con manos cansadas pero decididas.

Con lágrimas, sí… pero también con determinación.

Fue al sepulcro.

No sabía qué encontraría.

Solo sabía que no podía no estar allí.

Y el cielo, que había observado su constancia día tras día, **le abrió el escenario más sagrado**:

El sepulcro vacío.

La piedra removida.

El mensaje angelical.

"No está aquí, sino que ha resucitado." — Lucas 24:6

Juana, la mujer que nunca dejó de servir, que nunca dejó de creer, fue de las primeras en ver la promesa cumplida. **El cielo la honró con primicia**.

Porque Dios no premia la fama… premia la fidelidad.

Ella no escribió evangelios, pero **vivió uno**.

No fundó iglesias, pero **sostuvo al Cuerpo de Cristo en sus días de siembra**.

No fue protagonista de discursos públicos, pero **fue destinataria de la noticia más gloriosa de la historia**.

Todo por una razón: **no se rindió.**

El cielo responde a los que permanecen.
Juana no recibió un milagro más… recibió la revelación más grande.
Y lo hizo no por insistente, ni por perfecta.
Sino por **constante**.

Pepita de oro:

En un mundo que premia lo inmediato, Juana nos recuerda que el cielo premia lo constante. Ella estuvo cuando era difícil. Caminó cuando dolía. Sirvió cuando nadie más lo hacía. Y por eso, vio la tumba vacía. La constancia no es popular, pero **es poderosa**. Porque los que no sueltan la fe… terminan abrazando la gloria. Juana es la prueba viva de que Dios **honra a los que se quedan**, aun cuando todo parece perdido.

MUJERES QUE ANUNCIAN LO QUE EL MUNDO NECESITA

"Y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás." — Lucas 24:9

El sepulcro estaba vacío.

Los ángeles habían hablado.

La piedra había sido removida.

La historia había cambiado para siempre.

Y las primeras en saberlo… **fueron mujeres**.

Juana, María Magdalena, María madre de Jacobo, y las demás… no sabían que estaban viviendo un momento que rompería siglos de silencio. Mientras el mundo seguía dormido, ellas se convirtieron en **las primeras anunciadoras del Evangelio más puro**:

Jesús vive.
La muerte fue vencida.
El Reino ha comenzado.

Juana no tenía púlpito, pero **tenía voz**.

Una voz cargada de emoción, entrecortada por lágrimas, pero firme como roca.

Ella no esperó una invitación oficial para hablar.

No necesitó el permiso de un apóstol ni el aplauso de una multitud.

Lo que tenía era algo más poderoso: **una verdad que no podía callar**.

Corrieron de regreso desde la tumba. El amanecer no terminaba de despejar el cielo, pero sus corazones ya brillaban. No llevaban rollos, ni argumentos, ni estrategias de comunicación.

Solo llevaban **la noticia más poderosa que el mundo necesita**:
"¡Ha resucitado!"

Y eso… lo cambió todo.

Juana, la mujer de influencia, la discípula silenciosa, la servidora constante, **se convirtió en proclamadora**.

Ella y las demás llegaron hasta los once con la noticia. No sabían cómo reaccionarían. No sabían si serían escuchadas. Pero hablaron.

"Y estas palabras les parecían locura, y no las creían." — Lucas 24:11

Sí, los hombres dudaron.

Pero eso no borró su llamado.

Ni su testimonio.

Ni su lugar en la historia.

Porque a veces el mundo se resiste a creer…
pero eso no detiene a una mujer que fue testigo de la vida.

Juana no estaba interesada en títulos.
Estaba interesada en **transmitir la verdad**.
Porque cuando el amor te ha transformado, y el milagro ha tocado tus ojos… **no puedes callar.**

Su voz, junto a la de las otras mujeres, **fue la primera semilla del Evangelio resucitado.**

Antes que Pedro predicara en Pentecostés…

Antes que Pablo escribiera cartas…

Antes que los discípulos entendieran lo que había ocurrido…

Juana **ya había anunciado** la resurrección.

Y no con teología.
Con fuego.
Con certeza.
Con fe.

Porque el mundo no necesita solo discursos brillantes.
Necesita **mujeres con historias verdaderas**.
Mujeres como Juana.

Pepita de oro:

Juana fue testigo… y proclamadora. Sin púlpito, sin templo, sin micrófono. Solo con un corazón lleno de amor y una fe que no se podía silenciar. Ella nos enseña que no se necesita permiso para hablar del Dios que vive. Porque cuando el Cielo ha tocado tu vida, tú te conviertes en **voz de lo eterno**. Hoy, como Juana, muchas mujeres pueden ser portadoras de lo que el mundo necesita: esperanza viva, verdad valiente y fe que resucita.

CAPÍTULO 3: “UN LEGADO QUE NO SE APAGA”

No todos los héroes tienen estatuas, ni todas las mujeres de impacto son nombradas en cada sermón. Juana aparece pocas veces en la Biblia, pero su obra no puede medirse por la cantidad de versículos, sino por el peso de su entrega. Cuando el mundo olvidó, el Cielo recordó. Este capítulo celebra su legado, y lanza una pregunta poderosa: ¿Qué estamos sosteniendo con nuestra vida?

"MÁS ALLÁ DEL NOMBRE"

LA HISTORIA DETRÁS DEL TELÓN

"Fueron María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas…" — Lucas 24:10

Las páginas de los Evangelios están llenas de nombres conocidos: Pedro, Juan, Santiago… Multitudes que escuchan, milagros que asombran, enseñanzas que desafían.

Pero en medio de esas narraciones vibrantes, a veces aparece una frase aparentemente insignificante:
"…y las demás con ellas."

Una línea breve.

Un susurro en medio del relato.

Pero detrás de ese susurro… hay **vidas enteras**.

Cada una de esas "demás" tenía nombre.
Tenía historia.
Tenía cicatrices.
Y tenía fe.

No eran extras en la escena.

Eran columnas que sostenían la obra desde el telón.

Juana fue una de ellas.

Una mujer nombrada brevemente, sí… pero cuyo impacto fue profundo.

No ocupó lugares de honor.

No escribió cartas apostólicas.

No plantó iglesias.

Pero **estuvo**. Siempre estuvo.

Y su constancia, su generosidad, su fidelidad… formaron parte de la estructura invisible del Reino.

En un mundo que exalta a quienes hablan fuerte, Juana vivió con un **megáfono espiritual**: el de la coherencia, el servicio, el compromiso diario. No predicó con palabras grabadas, pero su vida se convirtió en un mensaje eterno.

Ella era de "las demás".

Pero no era una más.

Era parte de ese ejército silencioso de mujeres que caminan tras Jesús sin esperar reconocimiento… pero que el cielo honra con atención.

Imagina la escena.

Un grupo de hombres confundidos, escondidos, temerosos.

Y un grupo de mujeres, fieles, activas, decididas.

Ellas llevaban ungüentos… pero también llevaban **memoria**. Recordaban lo que Jesús les había dicho. Y esa memoria, ese amor, las hizo salir temprano hacia la tumba.

Y ahí estaban ellas: **María Magdalena, Juana... y las demás**.

Esa línea corta resume una eternidad de valentía.

Cada mujer detrás del telón representa a millones que a lo largo de la historia han hecho lo mismo: han servido sin aplausos, han amado sin cámaras, han orado sin micrófonos.

Ellas no buscan que su nombre aparezca en letras grandes.

Ellas quieren que **el nombre de Jesús** resuene en las generaciones.

Y Juana fue una de esas.

Una de las que caminan sin escenario, pero dejan huella en la eternidad.

Cuando los evangelios mencionan "las demás", no es olvido.

Es reverencia.

Es reconocimiento celestial.

Es como si Dios dijera: *"No todas serán nombradas aquí… pero todas están anotadas en Mi libro."*

Pepita de oro:

La historia no siempre menciona a las verdaderas heroínas… pero el cielo sí. Juana nos recuerda que el impacto no está en el volumen de tu voz, sino en la profundidad de tu fidelidad. Ella y "las demás" nos inspiran a vivir no para ser vistas… sino para **sostener lo eterno con lo cotidiano**. Porque detrás del telón, muchas veces… se escribe la parte más sagrada de la historia.

EL REINO NECESITA SOSTENEDORAS INVISIBLES

El Reino no avanza solo con los que hablan.

También avanza —y a veces, sobre todo— por los que **sostienen en silencio**.

No todos tienen un micrófono.

No todos escriben libros ni predican en estadios.

Pero muchos, como Juana, hacen que el Evangelio camine.
No desde el centro… sino desde la base.

Juana era eso: una **columna del Reino**.

No decorativa.

No simbólica.

Sino estructural.

Una columna que sostenía el peso del ministerio con su presencia, su generosidad, su fe inquebrantable.

Cuando Jesús recorría ciudades, muchos miraban al predicador, al sanador, al profeta.

Pocos miraban a los que hacían posible que esa jornada fuera posible.

¿Quién organizaba la comida?
¿Quién conseguía un lugar donde dormir?
¿Quién hablaba con las familias antes de que llegaran los discípulos?

Juana.

Y mujeres como ella.

Ella no necesitaba reconocimiento.

No esperaba que la nombraran.

Solo quería **ser útil en el Reino que la había salvado**.

Había entendido una verdad profunda:

"Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios." — 1 Pedro 4:10

Su don no era la palabra…
era la provisión.

El discernimiento logístico.

La sensibilidad de saber qué hacía falta… y proveerlo sin ruido.

Juana no caminaba detrás del Maestro por curiosidad.

Caminaba con un propósito claro:

ser red bajo los pies del ministerio.

Ella sostenía a los que sostenían a otros.

Ella edificaba sin levantar muros.

Ella regaba raíces mientras otros recogían frutos.

Y eso… es ser grande en el Reino de los cielos.

Porque Dios ve.

Él conoce el esfuerzo de quien ora sin ser visto.
El cansancio de quien sirve sin recompensa.
La fidelidad de quien da cuando nadie lo pide.

Juana nunca predicó un sermón.

Pero su vida fue una predicación constante.

Y gracias a mujeres como ella, el mensaje de Jesús **siguió avanzando**.

Si el Reino fuera una casa, Jesús sería la puerta…
los apóstoles, las ventanas…
el mensaje, el fuego en el hogar…
pero mujeres como Juana…
ellas son **las vigas invisibles que sostienen el techo**.

Sin ellas, la estructura no se mantiene.

Por eso, aunque muchos no lo vean…

Dios **sí lo ve**.

Y honra a cada sostenedora invisible como parte esencial de su plan eterno.

Pepita de oro:

El Reino necesita más que predicadores: necesita **sustentadores fieles**. Personas que sirvan sin ser vistos, que den sin ser reconocidos, que sostengan sin esperar aplausos. Juana nos recuerda que el verdadero poder no siempre está en lo visible… sino en lo indispensable. Ella fue red bajo los pies de Jesús. Tú también puedes serlo. Porque el Reino se construye con manos escondidas… y corazones encendidos.

CUANDO EL CIELO ESCRIBE TU BIOGRAFÍA COMPLETA

Juana no escribió ningún evangelio.

No aparece en listas apostólicas.

No protagoniza ninguna escena "heroica" a los ojos del mundo.

Pero **su nombre quedó grabado en la historia del Evangelio**.

Y lo más importante… **en la memoria del cielo.**

El mundo mide los logros por la fama.

Por cuántos te aplauden.

Por cuántas veces te nombran.

Pero Dios tiene otra pluma.
Otra tinta.
Otro tipo de papel.

Y con esa escritura invisible, **Él va redactando las historias que realmente importan**.

Juana es una de esas mujeres que quizás pasarían desapercibidas en una lectura rápida de la Biblia. Solo se menciona su nombre dos veces… y en una lista.

Pero detrás de esa mención, hay **una biografía eterna**.

Porque Dios no cuenta solo las veces que hablaste…
Él cuenta las veces que **serviste en silencio**.

No mide cuánto impactaste públicamente, sino cuántas veces **fuiste fiel cuando nadie te miraba**.

Cada paso que Juana dio siguiendo a Jesús…

Cada vez que abrió su casa…

Cada conversación privada en la que animó a otra mujer…

Cada moneda que entregó, cada manto que dobló, cada pan que partió…

Todo eso fue **escrito en los libros del cielo**.

"Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él…" — Malaquías 3:16

Sí. Dios **escribe un libro de memorias**.

Y en ese libro, **Juana tiene capítulos completos**.

No importa cuántas veces seas mencionada en la Tierra.

Lo que importa… es si el Cielo te ha registrado con amor.

Y Juana lo fue.

Porque aunque el mundo hable poco de ti, el Cielo **escribe con detalle**.

Ella no buscó que su historia fuera contada.

Solo vivió para que el mensaje de Cristo fuera anunciado.

Y en esa decisión, sin saberlo, **se convirtió en parte del mensaje**.

Hoy, cada vez que alguien habla de las primeras testigos de la resurrección…

Cada vez que se menciona a las mujeres que sostuvieron el ministerio de Jesús…

Juana es recordada.

Y aun cuando no lo sea por boca humana…

el cielo jamás ha dejado de nombrarla.

Porque los actos de amor verdadero nunca mueren.

Se conservan en la eternidad.

Y florecen en generaciones futuras.

Pepita de oro:

Dios no necesita que seas famosa. Necesita que seas fiel. Él no está buscando celebridades, sino columnas. No está reclutando influencers… sino intercesoras, sostenedoras, discípulas silenciosas. Juana nos enseña que aunque el mundo te olvide, **el Cielo jamás lo hará**. Porque cuando el corazón es íntegro, el servicio es genuino, y el amor es real… Dios escribe tu biografía con su propia mano. Y esas historias… son las que nunca se borran.

"EL PODER DE UNA VIDA DE INFLUENCIA"

SER PUENTE ENTRE EL PODER HUMANO Y EL PODER DIVINO

Juana había nacido para los salones del poder.

No era una campesina ni una desconocida. Era la esposa de **Chuza**, administrador de los bienes de **Herodes Antipas**, el mismo que gobernaba Galilea bajo la sombra del Imperio Romano. Ella conocía el protocolo, los secretos del palacio, las alianzas que se cerraban con una mirada y los juicios que se dictaban con un gesto.

Vivía rodeada de poder humano.

Pero un día, su alma despertó al **poder divino**.

Cuando Jesús entró en su historia, Juana descubrió que existía otro Reino. Uno sin murallas, pero con autoridad. Uno sin espadas, pero lleno de justicia. Uno donde no se medía la grandeza por el cargo… sino por el corazón.

Y entonces, **decidió cambiar de gobierno**.

Pudo haber usado su influencia para protegerse. Para negociar con Roma. Para asegurar su nombre en la historia política. Pero eligió algo radicalmente distinto: **puso su posición al servicio del Reino de Dios**.

Juana se convirtió en **un puente**.

No una mujer atrapada entre dos mundos, sino **una mujer que conectó dos realidades**: la estructura del sistema humano… con el propósito celestial.

Ella no negó su historia. No renegó de su pasado.
Lo transformó.

Sabía cómo funcionaba el sistema de Herodes… y decidió usar ese conocimiento para bendecir a los seguidores del Mesías. Sabía cómo

pensar como noble… y eligió actuar como sierva. Sabía cómo abrir puertas con palabras diplomáticas… y las usó para **abrir caminos para el Evangelio**.

¿Podía haberse quedado cómoda?

Sí.

¿Podía haber servido en silencio desde el palacio?

Tal vez.

Pero eligió **caminar con Jesús**. Compartir su fragilidad. Renunciar a los privilegios. Caminar bajo el sol. Servir a desconocidos. Entregar su fortuna.

Y todo eso, sin mirar atrás.

Porque cuando una mujer entiende que el poder humano no se compara con el propósito divino… ya no hay vuelta atrás.

Juana es el símbolo de todas aquellas mujeres que **no renuncian a su influencia… sino que la consagran**.

Ella no huyó del poder.

Lo sujetó a la voluntad del Padre.

Lo convirtió en herramienta, no en ídolo.

Y desde ese lugar, se transformó en **una de las líderes más discretas y valientes del Reino**.

Un puente silencioso…

Pero sólido.

No muchas podían caminar entre las túnicas de Herodes y los pies polvorientos del Maestro. Juana lo hizo. Y lo hizo bien. Porque sabía quién era… pero también sabía **a quién pertenecía.**

Pepita de oro:

Juana nos muestra que cuando Dios te da influencia, no es para levantarte… sino para **construir puentes hacia Él**. Su historia nos reta a dejar de vivir para el sistema, y comenzar a vivir para el Reino. Porque cuando decides que tu poder humano se someta al

propósito divino… Dios te convierte en un canal de impacto eterno. Como Juana, tú también puedes ser puente entre lo visible… y lo eterno.

INVERTIR EN LO QUE NO SE VE, PERO PERMANECE

"Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan." — Mateo 6:20

Juana entendía de inversiones.

Había visto cómo los ricos competían por tierras, acumulaban metales preciosos y compraban favores políticos. En el círculo de Herodes, la riqueza era símbolo de estatus, de poder, de permanencia.

Pero también había visto cómo todo eso podía desaparecer en un instante.

Un cambio de decreto.

Una traición.

Una acusación falsa.

Una guerra.

Y todo lo que parecía seguro… se desvanecía.

Cuando conoció a Jesús, algo en su alma cambió de dirección.

Ya no pensaba en **cuánto tenía**, sino en **para qué servía lo que tenía**.

Ya no soñaba con lo visible…
sino con **lo eterno**.

Jesús no le pidió que vendiera todo.

Pero ella eligió **sembrar sin reservas**.

Tiempo.

Oro.

Vestidos.

Recursos.

Energía.

Atención.

Juana se convirtió en una **inversionista del Reino**.

Y lo hizo con gozo.

No buscaba reconocimiento.

No esperaba recompensa.

Solo quería participar en lo que el cielo estaba edificando en la tierra.

Mientras otros construían templos de piedra, ella invertía en **almas vivas**.

Mientras el sistema celebraba nombres humanos, ella celebraba los milagros anónimos.

Mientras algunos acumulaban para sí, Juana **sembraba para muchos**.

Y ese tipo de siembra… **no desaparece con el tiempo**.

Porque el bien que haces por amor a Dios… **queda sembrado en la eternidad**.

Nadie contaba sus ofrendas.

Pero el cielo **sí las registraba**.

Cada moneda, cada gesto, cada viaje que financió, cada jornada en la que apoyó al Maestro y a sus discípulos… todo quedó grabado en las cuentas eternas del Reino.

"Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón." — Mateo 6:21

Y el corazón de Juana… **ya no estaba en el palacio**.

Estaba en los caminos polvorientos, en las casas humildes, en las

multitudes hambrientas de Dios.

Allí invirtió su alma.

Y allí dejó un legado que aún da fruto.

Quizás ella nunca imaginó que, siglos después, alguien leería su nombre en el Evangelio.

Pero eso es lo que ocurre cuando inviertes en lo que no se ve:
tu historia sigue rindiendo intereses de gloria... aunque tú ya no estés para verlos.

Pepita de oro:

Juana nos enseña que lo más valioso que puedes hacer con tu vida es **invertir en lo que no se ve, pero permanece**. Su historia nos invita a dejar de vivir para lo pasajero y empezar a sembrar en lo eterno. Porque cuando tu tesoro está en el cielo, tu vida se vuelve una semilla inmortal. Como Juana, tú también puedes invertir en el Reino… y tu historia brillará donde nada ni nadie puede apagarla.

EL LEGADO DE LAS MUJERES QUE SOSTIENEN EL REINO

Detrás de cada predicador que proclama con pasión…
detrás de cada milagro que impacta a multitudes…
detrás de cada iglesia que resiste la tormenta…

hay una mujer como Juana.

Una mujer que no sube al púlpito, pero abre la puerta del templo.

Una mujer que no tiene micrófono, pero intercede con gemidos que solo el cielo escucha.

Una mujer que no aparece en los afiches… pero **sostiene con sus manos lo que otros levantan con sus voces.**

Juana representa a esas mujeres valientes, constantes y discretas que no buscan ser vistas… pero **sin las cuales el Reino se debilitaría.**

No se trata solo de dinero.

Se trata de **presencia.**

De entrega.

De convicción.

Juana dio lo que tenía… y lo que era.

Sembró recursos, pero también tiempo.

Compartió sus bienes, pero también su aliento.

Entregó lo visible… pero sobre todo, **sostuvo lo invisible.**

El Reino de Dios no se construye solo con grandes predicadores, ni con multitudes apasionadas.

Se construye con mujeres que encienden lámparas en la madrugada, que preparan el pan antes del culto, que limpian el polvo de las bancas, que acompañan en silencio al que llora, que interceden por generaciones que no conocen aún.

"La mujer sabia edifica su casa…" — Proverbios 14:1

Y Juana edificó mucho más que su casa.

Edificó el Reino.

Cada generación de fe tiene sus Juanas.

Mujeres que abren sus casas para una célula.

Mujeres que oran en las madrugadas por los pastores, por los niños, por los enfermos.

Mujeres que sirven sin aplauso, que aconsejan sin títulos, que aman sin esperar gratitud.

Mujeres que no necesitan ser vistas… para ser fundamentales.

Tal vez nadie te ha reconocido.

Tal vez tu nombre no está en las pantallas.

Pero si has sostenido un ministerio con tus oraciones, si has bendecido a una familia con tus actos de amor, si has servido a Jesús con lo que tienes…

entonces caminas con Juana.

Y tu legado… **ya es eterno.**

Porque lo que se construye con amor para el Reino de Dios… **permanece para siempre.**

El mundo olvidará nombres.

Pero el cielo **atesora historias como la tuya.**

Y un día, cuando el Maestro mire los libros eternos, no solo hablará de los que predicaron…

Hablará también de las que **sostuvieron el Reino con fe callada, manos abiertas y un corazón rendido.**

Pepita de oro:

Juana nos recuerda que no necesitas ser visible para ser vital. Su legado vive en cada mujer que sirve, da, ora y sostiene el Reino desde lo cotidiano. Detrás de cada gran obra de Dios, hay mujeres que hicieron posible lo imposible. Las Juanas no siempre son vistas… pero **siempre son necesarias**. Porque ellas no construyen fama… **construyen eternidad.**

"JUANA HOY: INSPIRACIÓN PARA UNA NUEVA GENERACIÓN"

EL LLAMADO MODERNO A LAS MUJERES DE INFLUENCIA

En un mundo que confunde fama con grandeza, y seguidores con valor… la vida de Juana resuena como un eco contracultural. Porque su influencia **no nació de un escenario**, sino de un corazón rendido.

Ella entendió algo que muchas aún están descubriendo:
Influencia no es cuántos te ven. Es cuánto transformas.

Juana no fue viral.

No encabezó campañas.

No escribió libros.

Pero donde ella llegaba… **el Reino avanzaba.**

Hoy, el llamado de Juana sigue vigente.

Es una invitación a todas las mujeres que impactan su entorno con actos invisibles, silenciosos, pero poderosos.

A las que educan a un hijo en la fe.

A las que sostienen un hogar con oración.

A las que animan a una amiga en crisis.

A las que dan su tiempo para levantar a otros.

Cada una de ellas, sin saberlo, **camina como Juana**.

Porque la verdadera influencia no siempre se mide con números.

Se mide con **transformación**.

Tú puedes estar sentada en una oficina, atendiendo pacientes, organizando clases, cocinando para tu familia, liderando un equipo,

o sirviendo en la iglesia… y en cada uno de esos espacios, **tienes una plataforma sagrada**.

No porque todos te vean, sino porque **el cielo está mirando**.

El llamado moderno a las mujeres de influencia no es a buscar reconocimiento.

Es a **sostener lo eterno desde lo cotidiano**.

"El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel…" — Lucas 16:10

Juana fue fiel en lo poco. En lo práctico. En lo silencioso.

Y eso la convirtió en eterna.

Hoy, cada mujer que elige amar cuando no es fácil…

Dar cuando no sobra…

Orar cuando nadie más cree…

Servir cuando nadie más quiere…

se convierte en una heredera del legado de Juana.

Una mujer de influencia.

Una mujer del Reino.

Una mujer que transforma sin aplausos, pero con propósito.

No necesitas abandonar tu realidad.

Solo necesitas **habitarla con intención divina**.

Porque cuando haces lo cotidiano con fe, con excelencia y con amor… lo cotidiano se vuelve sagrado.

Y tu vida se convierte en un mensaje que no se predica con palabras… sino con poder.

Pepita de oro:

Juana no fue famosa, pero fue influyente. Porque su vida tocó la eternidad. Hoy, Dios está llamando a una nueva generación de mujeres como ella: mujeres que no viven para brillar, sino para edificar. Mujeres que sostienen el Reino desde la cocina, el hospital,

la escuela, el altar, o el silencio de su oración. Porque cuando caminas como Juana, **tu historia se vuelve parte del cielo en la tierra**.

EL DISCIPULADO FEMENINO QUE SOSTIENE GENERACIONES

Juana nunca escribió un libro de teología.
Nunca lideró una sinagoga.
Nunca enseñó públicamente en plazas.

Pero su vida… **fue un discipulado silencioso que marcó generaciones.**

Ella no daba clases.

Daba ejemplo.

No usaba manuales…
usaba sus manos.

Discipulaba cuando preparaba el pan para los discípulos hambrientos.

Cuando organizaba el viaje a la siguiente aldea.

Cuando consolaba a una mujer herida en el camino.

Cuando escuchaba más de lo que hablaba.

Cuando permanecía… mientras otros se iban.

Juana encarnaba una verdad poderosa:

el discipulado no comienza en la plataforma, sino en la actitud.

Ella no buscaba formar seguidoras de sí misma, sino **mujeres que amaran a Jesús con toda el alma.**

Y eso… lo lograba **siendo.**

En cada gesto de entrega, en cada paso de constancia, en cada acto de servicio, estaba discipulando sin saberlo.

No solo con palabras…
con su vida.

Las otras mujeres la observaban.

Veían cómo respondía al cansancio.

Cómo administraba su influencia.

Cómo ponía su corazón en cada pequeña tarea.

Y aprendían.

No porque Juana enseñara con autoridad…

sino porque **inspiraba con humildad.**

Hoy, el discipulado femenino sigue sosteniendo el Reino.

No con nombres impresos.

Sino con vidas entregadas.

Con oraciones que nadie escucha… pero que sostienen a muchos.

Con decisiones diarias que, aunque parezcan pequeñas, **plantan semillas en generaciones que aún no han nacido.**

Juana no buscó formar un linaje de discípulas…
pero dejó una huella que muchas están siguiendo hasta hoy.

Mujeres que aman sin exigir.

Que sirven sin cansarse.

Que guían sin empujar.

Que inspiran sin imponer.

Mujeres que levantan a otras **no desde la superioridad, sino desde el ejemplo.**

Cada madre que educa con fe.

Cada abuela que ora por sus nietos.

Cada líder que acompaña a otras mujeres sin protagonismo.

Cada amiga que anima a otra a no soltar su fe…

todas caminan como Juana.

Son parte del discipulado femenino que no aparece en las portadas, pero **sostiene el Reino desde las entrañas de la historia.**

Pepita de oro:

El discipulado más fuerte no se impone, **se transmite con amor**. Juana nos enseña que no se necesita un púlpito para formar discípulos. Se necesita coherencia, fidelidad, humildad y un corazón dispuesto a levantar a otros desde abajo. Su legado vive en cada mujer que decide no ser vista… sino **ser útil para la gloria de Dios**. Porque el discipulado que nace del servicio… **es el que sostiene generaciones.**

MUJERES QUE DAN SIN ESPERAR TÍTULOS

Juana no fue llamada "apóstol".

No se le entregó una corona.

No recibió un título oficial, ni ocupó un lugar de liderazgo visible en la estructura naciente de la iglesia primitiva.

Y sin embargo…

sin ella, los apóstoles no habrían llegado tan lejos.

La historia de la fe está escrita con tinta de sacrificio y páginas de servicio. Pero muchas veces, los nombres más importantes no están en los encabezados… están **en los márgenes**, en las notas silenciosas, en las huellas que no se borran.

Juana es una de esas mujeres.

Ella no esperó trono.

Solo pidió oportunidad de **servir al Rey**.

No entregó sus bienes esperando ser mencionada en las cartas de Pablo.

No abrió sus manos para que le hicieran una estatua.
No caminó con Jesús para ser recordada…
caminó con Jesús porque lo amaba.
Juana representa a millones de mujeres en la historia del Reino:

- Las que preparan sillas antes del culto.
- Las que cocinan sin ser mencionadas.
- Las que cuidan niños para que otros escuchen la Palabra.
- Las que se quedan cuando todos se van.

Las que dan… sin esperar título.

Y lo más hermoso es que en el cielo, los títulos se escriben distinto.

Allí, "reina" no es quien se sienta en alto, sino quien se arrodilla por amor.

"Apóstol" no es quien funda iglesias, sino quien **sostiene a quienes las fundan**.

En el Reino de Dios, los últimos son primeros, y los invisibles… **son indispensables.**

Jesús nunca ignoró a Juana.

Él conocía cada moneda que salía de su bolsa, cada noche que no dormía, cada jornada que la desgastaba.
Él no necesitaba que ella tuviera un cargo…
ya la había coronado con Su mirada de amor.

Y eso basta.

Porque las verdaderas reinas del Reino **no sirven por recompensa… sirven porque aman.**

Su trono está en el corazón del Padre.

Su medalla, en el gozo de dar.

Su galardón, en ver a otros ser levantados.

Juana no pidió nada… y lo ganó todo.

Porque quien vive para el Reino sin buscar posición,
hereda una porción que nadie le puede quitar.

"Todas las citas bíblicas en este libro provienen de la **Biblia Reina-Valera 1960**, a menos que se indique lo contrario."

CONCLUSIÓN
“JUANA, LA MUJER DE INFLUENCIA QUE SOSTUVO EL MINISTERIO DE JESÚS”

A veces, las manos que sostienen el Reino no están en el púlpito… sino en el silencio de una mujer que ama sin ser vista.

Juana no fue la voz más alta.
Pero fue una columna. Una presencia constante.
Y gracias a ella —y a muchas como ella— el Evangelio siguió avanzando, paso a paso, milagro tras milagro, cruzando generaciones.

A lo largo de este libro, descubrimos que **la influencia verdadera no se mide por aplausos**, sino por entrega.

Juana nos enseñó que:

- Se puede tener poder… y elegir usarlo para servir.
- Se puede tener una historia marcada por el dolor… y convertirla en impulso para sostener a otros.
- Se puede ser parte esencial del Reino… **sin necesidad de trono ni título.**

Vimos cómo su fe caminaba, cómo su amor sostenía, y cómo su constancia fue premiada con el honor de ser testigo de la resurrección.

Juana no solo dio de sus bienes… **dio de sí misma.**

Y su legado sigue vivo cada vez que **una mujer decide servir sin esperar reconocimiento**.

Tú que llegaste hasta aquí, no lo hiciste por casualidad.
Dios quiso que te toparas con esta historia porque **también tú tienes una parte vital en el avance del Reino.**

Quizá no lleves un micrófono.
Quizá no tengas seguidores en masa.
Pero si sirves, si sostienes, si caminas con Jesús desde lo cotidiano…
ya estás haciendo historia.

Este libro no fue solo una lectura.

Fue un espejo. Un llamado. Una revelación.

Y tú, como Juana, también puedes ser esa mujer que transforma el mundo **sin buscar protagonismo, pero dejando huellas eternas.**

Levántate hoy con una nueva conciencia.

✔️ Mira tu entorno con ojos de propósito.
✔️ Usa tu influencia —grande o pequeña— para sostener lo que es eterno.
✔️ Habla vida donde otros callan.
✔️ Apoya el ministerio de Jesús en tu ciudad, en tu familia, en tu generación.

No te subestimes.

No minimices el impacto de tu fidelidad silenciosa.

Sé Juana… en tu casa, en tu iglesia, en tu mundo.

Y si este libro tocó tu corazón, **comparte esta historia.**
Porque hay más mujeres como tú, que necesitan recordar que **sostener también es reinar.**

El cielo no olvida a las que aman en silencio.

Tu influencia puede cambiar destinos.

Tu generosidad puede levantar generaciones.

Tú puedes ser la Juana de esta era.

DESPEDIDA
EL VIAJE CONTINÚA…

Hay mujeres que predican… y mujeres que sostienen a quienes predican. Ambas son imprescindibles en el Reino.

Juana no tuvo púlpito, pero tuvo propósito. No fue la voz que resonó en la plaza, pero fue el corazón que hizo posible la misión.
Ella nos enseñó que *la influencia más profunda no es la que se ve, sino la que sostiene en silencio, con constancia y con amor*.

En estas páginas descubrimos que Juana:

- Supo convertir el dolor en destino.
- Transformó su privilegio en plataforma de servicio.
- Invirtió en lo invisible, pero eterno.
- Fue testigo, discípula, financista y anunciadora de la resurrección.

Ella no fue un personaje secundario. Fue una columna del Reino.

Y tú, que hoy has caminado junto a su historia, también puedes ser parte de ese linaje: *mujeres que levantan, que creen, que avanzan, aunque nadie lo vea*.

Este libro no fue solo una biografía… fue un espejo para tu influencia, tu llamado, tu impacto.

Gracias por haberte detenido en esta historia.
Gracias por permitir que la vida de Juana se cruce con la tuya.
Gracias por ser parte de esta travesía entre páginas que transforman.

No estás sola.
Formas parte de una generación de mujeres que están escribiendo

nuevos capítulos con su fe, su entrega y su amor a Dios.

Este libro fue una estación. Pero el viaje continúa…

¿Aún tienes en el corazón las huellas de **Rut: Decisión y Destino?** Esa mujer que, contra todo pronóstico, eligió el camino de la fe y terminó siendo parte del linaje de Jesús.

¿Ves el hilo invisible que une a Rut con Juana?

Rut eligió el Reino sin saber el futuro. Juana sostuvo el Reino cuando todo parecía perdido.

Y ahora te espera una mujer que unió fe con estrategia, liderazgo con espiritualidad…

El próximo libro te llevará a conocer a:
LIDIA: LA MUJER DE NEGOCIOS CON CORAZÓN DEL REINO
¿Puede una empresaria ser clave en el avance del Evangelio?
¿Puede el éxito profesional ir de la mano con una vida de fe?

Lo descubrirás pronto… y te aseguro que no querrás soltarlo.

Sigue avanzando en esta serie.
No te detengas.
Cada mujer que descubrirás en estas páginas es un reflejo de lo que Dios puede hacer **contigo y a través de ti**.

- Comparte este libro.
- Recomiéndalo.
- Inspira a otras con lo que aprendiste.

Y recuerda…

A veces el mayor poder se encuentra en las manos que sostienen, no en las que se ven.

INTRODUCCIÓN A LA SERIE **“LAS GRANDES MUJERES DE LA BIBLIA”**

"Mujeres reales. Historias poderosas. Un legado que sigue vivo."

Desde los tiempos antiguos hasta hoy, la historia de la humanidad ha estado marcada por la influencia de mujeres que cambiaron su generación con su fe, valentía y amor. En la Biblia encontramos relatos de mujeres que no solo acompañaron a grandes líderes, sino que fueron protagonistas de milagros, ejemplos de entrega y modelos de liderazgo.

Esta serie nace con un propósito claro:

Mostrar que las mujeres en la Biblia no fueron figuras secundarias, sino claves en el plan de Dios.

Inspirar a cada lector a descubrir cómo su historia sigue impactando el presente.

Enseñar que la fe, la valentía y la entrega siguen siendo relevantes hoy.

En cada libro de esta serie conoceremos la vida de una mujer diferente. **Mujeres reales, con luchas, errores y victorias, pero que marcaron la historia con su confianza en Dios.** Algunas fueron reinas, otras profetisas, otras madres o servidoras, pero todas fueron piezas fundamentales en la historia de la redención.

TÍTULOS DE LA SERIE
"LAS GRANDES MUJERES DE LA BIBLIA"

1- **DORCAS:** LA SIERVA QUE VOLVIÓ DEL SEPULCRO
2- **SARA**: LA MUJER DE LA PROMESA CUMPLIDA
3- **ANA**: LA MUJER QUE ORÓ Y DIO SU MILAGRO A DIOS
4- **REBECA**: LA MUJER QUE DECIDIÓ SU FUTURO.
5- **RAQUEL**: LA MUJER QUE AMÓ Y ESPERÓ
6- **LEA**: LA MUJER NO AMADA PERO BENDECIDA
7- **MARÍA,** LA ELEGIDA: UNA FE QUE CAMBIÓ LA HISTORIA
8- **MARÍA MAGDALENA**: LA MUJER TRANSFORMADA POR EL AMOR DE JESÚS
9- **PRISCILA**: LA MAESTRA EN LAS SOMBRAS DEL REINO
10- **ESTER**: CORAZÓN VALIENTE EN EL PALACIO DEL REY
11- **DÉBORA**: LA MADRE DE ISRAEL QUE ENCENDIÓ LA FE
12- **ABIGAIL**: LA MUJER DE INTELIGENCIA Y PAZ
13- **MARÍA DE BETANIA**: LA MUJER QUE ESCOGIÓ LO MEJOR
14- **RUT**: DECISIÓN Y DESTINO
15- **JUANA: LA MUJER DE INFLUENCIA QUE SOSTUVO EL MINISTERIO DE JESÚS**
16- **LIDIA**: LA MUJER DE NEGOCIOS CON CORAZÓN DEL REINO
17- **ELISABET**: LA MUJER QUE CREYÓ EN UN MILAGRO IMPOSIBLE
18- **LA MUJER SUNAMITA**: LA MUJER QUE RECIBIÓ UN MILAGRO POR SU HOSPITALIDAD
19- **LA MUJER CANANEA**: LA MUJER QUE PELEÓ POR SU HIJA
20- **LA MUJER DEL FLUJO DE SANGRE**: POR SU FE, DEL DOLOR AL MILAGRO
21- **LA VIUDA DE SAREPTA**: LA MUJER QUE RECIBIÓ PROVISIÓN SOBRENATURAL
22- **LA VIUDA QUE OFRENDÓ TODO**: LA MUJER QUE DIÓ CON EL CORAZÓN
23- **LA MUJER SAMARITANA**: LA MUJER QUE RECIBIÓ EL AGUA VIVA

24- **RAHAB**: LA ESPÍA DE DIOS
25- **ANA "LA PROFETISA"**: LA MUJER QUE ESPERÓ AL SALVADOR
26- **MIRIAM, LA HERMANA DE MOISÉS**: LA NIÑA QUE PROTEGIÓ UN LIBERTADOR
27- **EUNICE**: LA MAESTRA DEL ALMA DE TIMOTEO
28- **LA MUJER ADÚLTERA**: DE LA VERGÜENZA AL PERDÓN
29- **EVA**: LA MUJER DEL PRIMER COMIENZO
30- **LA IGLESIA**: LA NOVIA DE CRISTO

EL TZEDEKÁ

EDITORIAL CON PROPÓSITO

Más que Libros, Conocimiento en Acción